



La doncella

Mario Szichman

1. Razones humanitarias

Durante tres años, la doncella rigió los destinos de Francia. Entre 1792 y 1795, la doncella, también conocida como Madame Guillotine o La Luneta Republicana, redujo los destinos y los cuerpos de varios millares de franceses. La cifra de decapitados oscila entre 16000 y 40000. En los meses finales del Reino del Terror, se estima que unas 50 personas fueron ejecutadas diariamente en París.

Como todo instrumento de ejecución, la doncella fue erigida en Francia por motivos humanitarios —y para eliminar privilegios—. Aquellos que reprochan su sangrienta disposición ignoran a sus predecesores.

Antes de la guillotina, la mayoría de los súbditos franceses condenados a la pena capital sufrían distintos tipos de castigo. A veces eran ahorcados. En otras ocasiones, el cuerpo era quebrado en la rueda, o era descuartizado tras ser atada cada extremidad a un percherón. Y no era infrecuente que antes de la ejecución abriesen heridas en el cuerpo del condenado y derramasen plomo derretido en las lesiones.

Sólo los nobles condenados a muerte eludían ese tratamiento. Para ellos estaba reservado un instrumento que los italianos conocían como “La mannaja”, y los escoceses como “La doncella” o “The Halifax Gibbet”. Aunque algunas versiones de la máquina podían causar una muerte bastante dolorosa —La mannaja aplastaba la nuca del

detenido hasta hacerla pulpa—, una serie de mejoras la convirtieron en un artefacto casi indoloro, especialmente el uso de una hoja afilada, en forma de medialuna, y un yugo para asegurar la inmovilidad de la cabeza de la víctima, que reposaba en un bloque de madera.

El doctor Joseph Ignace Guillotin nada tuvo que ver con el instrumento al cual asignaron su nombre. Él se limitó a sugerir, el 10 de octubre de 1789, ante la Asamblea Nacional de Francia, un método más compasivo de ejecutar condenados. El único problema de Guillotin, que lo convirtió en un apestado de por vida, era su apellido, mucho más eufónico que el de Antoine Louis, a quien se atribuye haber creado el prototipo de la doncella usado en Francia. Antoine Louis, médico del rey Luis XVI, y secretario de la Academia de Cirugía, presidió el comité designado por la Asamblea Nacional para crear un instrumento de ejecución lo más indoloro posible (Guillotin también integraba ese comité).

Al principio, la doncella fue bautizada como la Louison, en homenaje a Antoine Louis, pero el nombre nunca prendió. (Es increíble cómo un apellido puede marcar un destino. El padre de Adolfo Hitler, Alois, era hijo ilegítimo de Maria Anna Schicklgruber. Y se siguió llamando Alois Schicklgruber hasta que su madre se casó con Johann Hiedler, quien lo reconoció como su hijo legítimo. Y de esa manera, Alois Schicklgruber se convirtió en Alois Hiedler, y luego en Alois Hitler. Y transmitió ese nuevo

apellido a su hijo Adolfo. Y hay todavía muchos historiadores que se preguntan qué hubiera ocurrido si Alois Hitler hubiera legado a su hijo el apellido Schicklgruber. Pues no era lo mismo vociferar “Heil Hitler”, que “Heil Schicklgruber”).

2. Modestos comienzos

Si Antoine Louis diseñó el prototipo de la doncella, quien la mejoró fue Tobias Schmidt, un ingeniero alemán y fabricante de clavicordios. Fue a Schmidt a quien se le ocurrió la idea de eliminar de la guillotina la hoja en forma de medialuna, y remplazarla por una hoja a un ángulo oblicuo de 45 grados. De esa manera, la muerte del condenado era prácticamente instantánea.

En 1791, a medida que prosperaba la Revolución Francesa, la Asamblea Nacional comenzó a investigar nuevos métodos para impedir que el instrumento de ejecución torturase al condenado además de despacharlo al otro mundo. El 21 de septiembre de 1791 fue aprobado un nuevo código penal. El 6 de octubre del mismo año se convirtió en ley. El segundo artículo del código estipulaba: “La pena de muerte consiste en la mera privación de la vida. Ningún tipo de tortura debe ser infligido al condenado”. Y el tercer artículo señalaba: “Cada persona condenada (a la pena capital) será decapitada”.

El primer espécimen en quien se probó el perfeccionado instrumento de ejecución fue Nicolas Jacques Pelletier, un asaltante de caminos. Pelletier fue descabezado el 25 de abril de 1792 en París.

Fueron modestos comienzos para la doncella, cuya presencia era efímera. Carpinteros la ensamblaban en alguna plaza para que cumpliera sus funciones, y la desarmaban tras cada descabezamiento.

El principal factor que contribuyó a su creciente popularidad fue la adquisición de una residencia fija en la plaza de la Concorde, posteriormente convertida en Plaza de la Revolución. (Si Maximiliano Robespierre cayó en desgracia frente a la doncella, fue porque intentó convertirla nuevamente en un instrumento itinerante).

Lo que deslumbra de la doncella, al principio, es la sana diversión que ofrece a los habitantes de París. Sólo más adelante, cuando muestre su imparcialidad, se convertirá en un objeto de respeto y de admiración, por su terrible eficacia, por su modestia. Pero antes de ser venerada, la doncella existirá como objeto de regocijo. Centenares de espectadores asistirán diariamente a su rutina en los meses cálidos del año. Mercaderes venderán programas con la lista de nombres de aquellos que cotidianamente deberán ascender al cadalso. Nadie se animará a decirlo en voz alta, pero ciertas ejecuciones se prorrogarán, otras se anticiparán, para que al menos en cada jornada pueda servirse un plato fuerte capaz de atraer al público. No siempre la estratagema tendrá éxito. No todos los personajes famosos despertarán similar curiosidad. Pero en ocasiones, alguna figura pública provocará tanta atracción que los espectadores duplicarán y triplicarán

sus ofertas para comprar a los revendedores de asientos los mejores lugares.

La estabilidad de la doncella creará también el elenco estable de las *tricoteuses*, las mujeres que observarán las ejecuciones sin perder un punto de sus tejidos, y que incitarán a la multitud a dar muestras de alegría cuando los ánimos no estén muy caldeados. Y también implantará la industria casera de las guillotinas de juguete, que serán vendidas en los alrededores de la Plaza de la Revolución, junto con alforjas de lana. De esa manera, los niños podrán jugar con sus guillotinas mientras sus padres observarán el espectáculo. Los niños usarán las alforjas de lana para dejar caer las cabezas de jilgueros decapitados por la minúscula doncella.

3. Los cuerpos abreviados

La inauguración nacional de la temporada de caza al traidor, al partidario del primer ministro inglés William Pitt, al contrarrevolucionario, al agiotista, al propagador de rumores, al causante de hambrunas, será el 21 de enero de 1793, cuando el ex monarca Luis XVI, convertido en Luis Capeto, sea decapitado.

Será el comienzo de una de las etapas más extrañas en toda la historia de Francia. No hay explicación posible para entender semejante degollina, si se exceptúa la necesidad de proveer a la doncella de especímenes.

John Wilson Croker, un irlandés enemigo de la Revolución Francesa, escribió en 1835, en *The Quarterly Review*, de Londres, un extenso trabajo titulado "Essays on the Early Period of

the French Revolution". Croker se dedicó a explorar en su ensayo, entre otros temas, la personalidad de la doncella y la labor de los Tribunales Revolucionarios. Se lo puede acusar de muchas cosas a Croker, pero no de ser desprolijo. Su investigación es impecable. Como Cervantes, Croker leía hasta el último papelito que encontraba en la calle. Es muy difícil encontrar algo más preciso o exhaustivo sobre el Reino del Terror en Francia. Y la conclusión de Croker, la única que parece plausible, es que fue la doncella quien controló el Reino del Terror. La doncella no estuvo al servicio de nadie, como lo demuestra el hecho de que tanto justos como pecadores fueron segados por su cuchilla, y la única manera de desbrozar la paja del trigo y separar a los equivocados de los incorruptibles, es señalar que los equivocados fueron aquellos que precedieron a los incorruptibles en el camino al cadalso. Y cuando no quedaron ya ni equivocados ni incorruptibles, la doncella decapitó a los principales miembros del Tribunal Revolucionario que enviaron a equivocados e incorruptibles al cadalso, entre ellos el famoso fiscal Antoine Fouquier-Tinville.

4. La razón de la sinrazón

Un análisis de los condenados a muerte demuestra que la única tarea de los funcionarios, ya se tratase de miembros de la Convención Nacional, del Comité de Salud Pública o de los Tribunales Revolucionarios, era proveer de carne fresca a la



Guillotina

doncella. “En resumidas cuentas”, dice Croker tras analizar las tareas del segundo Tribunal Revolucionario —el más sangriento de los cuatro que hubo en total— “el único propósito que podemos descubrir es una propensión maníaca para que la guillotina siguiera funcionando, a fin de producir su diaria profusión de víctimas”.

No sólo se ejecutó a los presuntos traidores, a los presuntos partidarios del primer ministro inglés William Pitt, a los presuntos contrarrevolucionarios, agiotistas, propagadores de rumores y causantes de hambrunas. Como en el *Cándido* de Voltaire, la persecución incluyó a aquellos que denostaban el gobierno republicano, y a aquellos que escuchaban los insultos con aire de aprobación. Se guillotinaó a hijos porque tenían el mismo nombre que sus padres,

y se guillotinaó a personas que nada tenían que ver con nada, por portación de apellidos. (Croker menciona dos casos: un Maille ejecutado en lugar de un Maillet, y un Morin que ocupó el lugar de un Maurin).

La señora Charras de la Laurencie fue guillotinaada, de acuerdo con la sentencia del Tribunal Revolucionario, por haber vestido ropas de luto por el destronado monarca Luis XVI, “expresando de esa manera, su deseo de que ese justo castigo fuese vengado por nuestros enemigos”. Luego se descubrió que la dama no se había puesto luto por el ex monarca, sino por su hermana, que falleció el 21 de enero de 1794, exactamente dos años después de la ejecución de Luis XVI.

A veces fueron guillotinaadas viudas, simplemente porque la guillotina las dejó viudas,

como las viudas de Camille Desmoullins y de Jacques René Hébert, cuyo único delito fue enviudar de sus maridos. (Desmoullins, partidario de Danton, era enemigo jurado de Hébert, redactor del periódico pornográfico *Le Père Duchesne*. Ninguno de ellos pensó que con su enemistad personal terminarían logrando, además de un turno en el cadalso, la viudez de la viuda de su rival, y la ejecución de ambas viudas).

Croker estima que, excepto por unos 100 adversarios políticos, es difícil explicar las razones que llevaron al segundo Tribunal Revolucionario a ejecutar 2169 personas entre el 7 de abril de 1794 y el 28 de julio del mismo año, cuando guillotinaron a los hermanos Robespierre: Maximiliano y Augustin, y a varios dirigentes de los jacobinos.

Si, por ejemplo, se piensa que la mayoría de los guillotinado eran ricos o nobles, se comete un error. De las 2730 personas que el segundo Tribunal Revolucionario ordenó ejecutar durante la totalidad de su mandato, los ricos o nobles eran unos 650. En cambio, fueron ejecutados en ese período alrededor de 1000 pobres y 1000 miembros de la clase media.

Si la Gran Revolución abandonó rápidamente sus propósitos de Libertad y Fraternidad, al menos conservó el de la Igualdad. La guillotina devoró duquesas y cocineras, príncipes y porteros, condes y carteros, magistrados, sacerdotes, soldados, almaceneros, artesanos, jornaleros y hasta delincuentes comunes.

Croker habla de la política de “fusión”. Había tanta necesidad de alimentar el apetito de la doncella, que comenzó a condenarse y a ejecutarse por hornadas.

En el proceso a Fouquier-Tinville se denunció que, en una ocasión, el fiscal fue a visitar el Comité de Salud Pública para anunciar que tenía consigo una lista de 35 condenados a muerte, y exigía que para el día siguiente le proporcionaran otras 60 víctimas. El anuncio de Fouquier-Tinville fue recibido con exclamaciones de “¡Bravo!”, recordando a esos ejecutivos que intentan estimular la producción de alguna mercancía.

Como el ser humano se niega a la impersonalidad, muchos han atribuido el incremento de los condenados a muerte a la figura de Robespierre. Y es cierto

que durante los últimos cinco meses de vida del Incorruptible la doncella aceleró sus ejecuciones. El segundo Tribunal Revolucionario fue instituido el 10 de marzo de 1793 y concluyó sus tareas tras la caída de Robespierre, el 27 de julio de 1794. En los primeros once meses de funcionamiento del tribunal, fueron guillotinas 399 personas. En los últimos cinco meses, con Robespierre controlando todos los resortes del gobierno, hubo 2217 personas guillotinas. Excepto que Robespierre no participó en las deliberaciones del Comité de Salud Pública durante seis semanas. “Y en esas seis semanas”, dice Croker, “las ejecuciones se duplicaron, se triplicaron, se cuadruplicaron”.

La mecánica de la ejecución se impuso a toda razón, a toda lógica, a todo orden.

Como dijo Fouquier-Tinville en el juicio que concluyó con su decapitación: “El pueblo quería sangre, y por lo tanto le dimos sangre”. Fue el último funcionario que intentó darle una explicación lógica a esa carnicería.

Otra explicación, menos lógica, sería que la doncella fue la primera maquinaria de ejecución sin pretensiones animistas. Alejo Carpentier, en *El siglo de las luces*, la compara con una ventana. Otros dijeron que recordaba el atril de un pintor. Hasta una embarcación necesitaba en esa época un mascarón de proa para recordar a los seres humanos quiénes viajaban en ella. Pero no la doncella. La doncella estaba satisfecha con sus escuetas líneas y con algunas venganzas que se tomó por su

cuenta, cuando alguno de sus amantes, como Robespierre, intentó ocultarla de la vista del público, pues se sentía avergonzado de ella.

Y la abstracta figura de la doncella alentó su imparcialidad, así como su modestia. La doncella no se casó con nadie, nunca le preocuparon las ideologías, nunca se inclinó por el llano o por la montaña. Todos terminaron siendo emparejados tras atravesar sus entrepiernas, torsos reducidos simplemente al sexo del portador sin importar su inteligencia o su fisonomía.

Tras esa orgía de sangre, la doncella siguió cumpliendo sus funciones sin hacer alharaca alguna. Los cuerpos siguieron llegando al cadalso, de manera cada vez más infrecuente. Y con el devenir del tiempo, la doncella se convirtió en un objeto más de escarnio que de terror. Pero nadie pudo destruirla. Y ese era su propósito final: simplemente perdurar. Por supuesto, esta tesis es tan implausible que nadie ha querido aceptarla.

Fin ■

Mario Szichman (Argentina)

Autor de siete novelas, entre ellas, *Los judíos del Mar Dulce* y *A las 20:25 la señora entró en la inmortalidad*, y de los ensayos: *Miguel Otero Silva: mitología de una generación frustrada*, y *Uslar: cultura y dependencia*. Acaba de concluir su trilogía narrativa sobre La Patria Boba que incluye: *Los papeles de Miranda* (2000), *Las dos muertes del general Simón Bolívar* (2004) y *Los años de la guerra a muerte* (2008). Szichman vivió más de una década en Caracas. Reside en la actualidad en Nueva York, donde trabaja como corresponsal de varias publicaciones y como traductor.